

XII Simposio de la AIFP

Mesa 5: La ciudad como texto

Catedrales de duelo y guerra civiles en las texturas urbanas de Bogotá/París

Víctor Guerrero Apráez

Universidad Javeriana, Colombia

vguez12@yahoo.com

La guerra civil siempre ha puesto en juego sinuosas estrategias cívicas y religiosas para su olvido y recordación, cuyo grado de elaboración contrasta notablemente con aquellas empleadas para dar cuenta de las memorias y ausencias que por su parte caracterizan la guerra contra un enemigo exterior. Mientras que todas las ciudades latinoamericanas ostentan en su paisaje urbanístico las plazas, avenidas y museos de los mártires caídos en las gestas independentistas como símbolos singulares e inequívocos para la fundación de una identidad nacional, el equivalente respectivo de las contiendas bélicas internas que proliferaron en el curso del siglo XIX resulta difícil de identificar, cuando no inexistente. Probablemente no podría ser de otra manera pues la stasis, como la llamaron los griegos, o el *Bellum internecinum*, como se denominó en lengua latina, término que se emplearía como tal hasta Kant, presupone la división, fractura y colapso de la misma unidad política y social que justamente la guerra de defensa contra el enemigo exterior o la epopeya independentista, ha hecho históricamente posible. La memoria de las guerras depende en su construcción o deconstrucción de su naturaleza misma, ya como guerra exterior o como contienda interna. Si la primera implica un exceso de memoria materializado en monumentos y museos, empleo bautismal de los nombres de los héroes y mártires para calles, barrios, escuelas y unidades político administrativas, consagraciones cívicas en el calendario nacional e inclusión en los respectivos panteones con el consiguiente ingreso en los manuales y textos de enseñanza de la historia patria, la guerra civil se halla en sus antípodas: penumbra, oscurecimiento, vacío monumental y déficit recordatorio. Mártires y héroes fundadores campean en los tejidos urbanos a modo de puntos de anudamiento que definen el entramado de la identidad y la recordación. Su nítido carácter permite la reiteración redundante y segura, prolongando su presencia referencial desde el nombre de las grandes obras públicas hasta las marcas empresariales, adminículos y productos de la vida cotidiana.

Por su parte, los protagonistas de las guerras civiles tienen un destino nominativo ambiguo, relegados a lugares adyacentes, reprimidos en las historias oficiales pero resistiendo a su desaparición en efigies limítrofes donde se plasman los cambios de gobierno y posteriores reivindicaciones. A las magnas fechas del calendario patrio donde héroes, mártires y tumbas celebran la perpetuación de su memoria se opone el

olvido decretado mediante las amnistías como medidas otorgadas por la facción vencedora para imponer la imposibilidad de recordar a unos y otros las atrocidades y desgracias acontecidas. Recordar las heridas, actualizar la división fratricida a través de los reclamos de justicia, mantener la cólera de la ruptura, resultan pulsiones que reactualizan el peligro de antaño cuya repetición se busca impedir a toda costa. Este imperativo político y cultural del olvido perfora la totalidad del decurso de Occidente hasta la mitad del siglo pasado, desde los albores griegos cuando en la Atenas del 403 a.c. que ha restaurado el régimen democrático venciendo a la tiranía de los oligarcas decreta el deber de no recordar eliminando del calendario la fecha misma de su victoria, hasta el proceso mismo de configuración del orden continental europeo que en la Paz de Westfalia de 1648 determinara como condición esencial para la superación de la brutal guerra civil religiosa que diezmó la población europea en una tercera parte, la obligación de olvidar mediante la entronización de la amnistía generalizada y absoluta. La pulsión o las políticas del olvido fueron puntualmente proseguidas durante la totalidad del siglo XIX en América Latina con su cortejo de innumerables e interminables guerras civiles y su terrible costo en vidas humanas, la totalidad de las cuales se saldó con la imposición o aceptación de una amnistía, ya como medida transitoria para buscar la defección de los rebeldes y su retorno a la institucionalidad legal, ya como reivindicación de la facción vencida que buscaba impedir la consumación eterna de su derrota mediante persecuciones penales. Tan solo en Colombia, en medio de una insoslayable imprecisión que la historiografía no ha terminado de resolver, cerca de un centenar de amnistías fueron decretadas a la conclusión de las nueve guerras civiles de alcance nacional y la treintena de guerras civiles de alcance local y regional que precedieron o sucedieron a aquellas. Si bien la persistencia y continuidad de la guerra civil en Colombia puede ser considerada como un rasgo común y compartido con los restantes países latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XIX, la intensidad, duración y en particular, la dimensión de aplastante y absoluta derrota del adversario que caracterizaron la última de ellas, esto es, la Guerra Civil de los Mil Días (1899-1902), distingue claramente el proceso de conformación del estado nación en el caso de Colombia, de sus restantes homólogos latinoamericanos.

Desde la disensión que llevaría al enfrentamiento armado entre los partidarios de la dictadura del general Urdaneta en 1830 con los seguidores de Santander, el adversario de Bolívar y sus fórmulas de salvación dictatorial el decurso de las guerras civiles colombianas estuvo marcado por la recurrente apelación al empleo de la amnistía, cuya imposición exhibiría los más disímiles rasgos. El enfrentamiento entre los caudillos regionales reacios a un gobierno centralista en 1840 durante la llamada “Guerra de los Supremos” terminaría por concluir con la expedición de trece amnistías desperdigadas a lo largo de su transcurso marcando las expectativas de su rápida pero esquiva terminación; la guerra civil de 1851 desatada por la oposición del sector conservador contra el régimen liberal en el gobierno que había proclamado la abolición de la esclavitud recibiendo la influencia de los movimientos revolucionarios europeos de 1848, constituyó una derrota de la insurrección y su terminación se selló con la expedición de una amnistía general; igual cosa ocurrió en la guerra civil de 1853, esta

vez emprendida por los sectores políticos anteriormente antagónicos que se unieron contra el golpe o usurpación del general Melo que representaba a los sectores artesanales y populares; en la guerra civil de 1861, única revolución triunfante en la historia nacional, los insurrectos y el gobierno expidieron sendos decretos de amnistía; mientras la guerra civil de 1876 se saldó con amnistía, las aplastantes derrotas de la facción liberal en 1885 y 1895 se saldaron con una nueva Carta de Batalla que eliminó al vencido de la vida política.

En su correlato continental europeo el siglo XIX fue una reiterada serie de tentativas revolucionarias que desde la Restauración monárquica y el sistema imperial del derecho divino de los reyes impuesto en 1815 en el Congreso de Viena buscaron la realización de los ideales políticos y democráticos que 1789 con su Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano había puesto a circular en el horizonte de la modernidad política. El primer sistema de seguridad colectivo europeo puesto a punto mediante el acuerdo fraguado en la denominada Santa Alianza tuvo como propósito mayor y enemigo absoluto la Revolución, cuyo exterminio constituía no solo una legítima finalidad sino además, un fin sagrado para mantener el orden sacrosanto de la monarquía, en cuya defensa no menos santa se autorizaba el envío de expediciones armadas con la finalidad confesa de suprimirlas tan pronto como fuera posible: los revolucionarios de Cádiz que reclamaban una monarquía constitucional fueron silenciados con el envío de los cien mil hijos de San Luis; los insurrectos polacos en 1830 y 1863 se vieron asediados por divisiones rusas, prusianas y austriacas que aseguraron el mantenimiento de la repartición del país; los patriotas húngaros se enfrentaron a los ejércitos imperiales de Francisco José sin poder conseguir su autonomía política; los septembristas rusos fueron perseguidos por los ejércitos zaristas y ejecutados en los patíbulos que los popes bendecían con sus crucifijos ortodoxos; los carbonarios demócratas y socialistas en los reinos de Cerdeña, Nápoles y Parma que luchaban por regímenes constitucionales y demandaban una todavía naciente Italia unificada recibían el envío de tropas imperiales para su sometimiento; y los mismos republicanos alemanes y franceses serían combatidos encarnizadamente por los regímenes monárquicos de turno para impedir el advenimiento de sistemas democráticos y republicanos. El jefe de orquesta de esta empresa colectiva contra revolucionaria tuvo su encarnación en la siniestra figura de quien fuera llamado el “Doctor de las Revoluciones”, el canciller austríaco y barón ennoblecido por la casa de los Habsburgo, Metternich, para quien el objetivo supremo de impedir el advenimiento de la revolución y de borrar la ocurrencia de ese cataclismo europeo que había legitimado el cercenamiento de las testas coronadas, era perfectamente realizable mediante el escalpelo oportunamente aplicado de los ejércitos de la Santa Alianza acompañado por la fe inquebrantable en el orden de la legitimidad y el equilibrio de los monarcas ungidos por el Vicario de Cristo en la tierra, cuya fuerza inspiradora se había auto investida del dogma de la infalibilidad papal proclamado desde 1864.

Quizá en ninguna otra urbe las huellas dejadas por las necesidades estratégicas de conjurar la insurrección ciudadana o la guerra revolucionaria urbana sean tan visibles y

ejerzan una configuración tan determinante del paisaje de la ciudad como París. Así mismo ninguna otra ha recibido la devoción y profundidad analítica como la que un Walter Benjamin le dedicara en la que fue la obra de su vida, interminable, fragmentaria y anticipatoria, el Libro de los Pasajes. Como allí se señala, el diseño de las calles, la erradicación de las aglomeraciones barriales tortuosas y laberínticas y la disposición espacial de las unidades de gobierno, no tuvieron finalidad distinta a conjurar el fantasma de los levantamientos callejeros que habían estremecido a la Ciudad Luz desde 1789 hasta 1848. La construcción de los grandes bulevares como pieza maestra del proyecto de Haussman por dotar a la ciudad de una comunicabilidad inter urbana, y la utilización tuvo como finalidad de fondo impedir cualquier posibilidad de éxito a las barricadas callejeras que fueron decisivas para las revoluciones de 1830 y 1848. Por todo ello la Comuna de 1871 ostenta un carácter paradigmático: fue al mismo tiempo un imposible realizado a pesar y contra el todo tanto como una derrota de cuya explicación en el célebre texto de Marx sobre la Guerra Civil en Francia se sacaron las lecciones para que un Lenin hiciera posible la exitosa revolución rusa: una toma del poder sin piedad para impedir los 25.000 muertos que la Semana Sangrienta al final de la Comuna dejara como saldo trágico de su fracaso. Lo inusitado de los fusilamientos y la paradoja de una guerra defensiva convertida en contienda civil visceral dieron la urgencia para su asimilación en la memoria del cuerpo social y político.

El *Sacré Coeur* como catafalco de la Comuna de París.

La hondura y gravedad de lo acontecido requirió la adopción de un monumento público que sirviese como selladura simbólica de la tragedia, como cauterio ritual. En esta atmósfera de derrota y destrucción de una ciudad reducida a cenizas en el curso del asedio prusiano y la feroz contienda civil que la siguiera, la idea de levantar una basílica expiatoria se volvió cada vez más atrayente.¹ En el fondo se trataba de racionalizar y otorgarle algún tipo de sentido a la horrenda carnicería que había tenido lugar. Las corrientes católicas se encontraban preparadas para ello con la tesis del pecado cometido por París, particularmente en sus sectores monárquicos, en cuya alianza y común propósito empezaría a urdirse el entramado que finalmente alumbraría el monumento dedicado a tal función: la basílica del Sagrado Corazón. Dos destacadas miembros suyos, Legentil y Rohault se pusieron en contacto con el nuevo arzobispo de París, Guibert, sucesor de tres antecesores que habían perecido de manera violenta, quien de inmediato aceptó la iniciativa propuesta de erigir un monumento de tal naturaleza: “Habéis considerado los males del país desde su auténtica perspectiva [...] La conspiración contra Dios y Cristo se ha impuesto en multitud de corazones y, en castigo por una apostasía casi universal, la sociedad se ha visto sometida a los horrores de una guerra que ha conocido la victoria de un extranjero y de otra aún más horrible entre los hijos de un mismo país. Habiéndonos vuelto con nuestra mentira rebeldes contra el Cielo, nuestra desgracia nos ha lanzado a los abismos de la anarquía. La tierra de Francia presenta la terrible imagen de un lugar donde no prevalece el orden, mientras el futuro ofrece nuevos terrores aún por llegar [...] Este templo erigido como contribución

¹ Harvey, David *París, Capital de la Modernidad*, p.407, Editorial Akal, 2007.

y reparación pública se levantará entre nosotros como una protesta contra otros monumentos y obras de arte erigidos para la glorificación del vicio y la impiedad”² Se organizaron menos que el mismo general McMahon elegido en mayo de 1873, quien había dirigido el asalto de la ciudad y la acometida contra los insurrectos de la Comuna, tomó el asunto entre sus manos para darle el más decidido de los impulsos, pasando a figurar el proyecto como uno de los prioritarios en la Asamblea Nacional, donde se legalizó la adquisición de los terrenos públicos donde habría de levantarse. La colecta de contribuciones entre los feligreses se adelantó con especial celeridad y éxito, y en junio de 1873 treinta mil peregrinos, entre los que se contaban cincuenta miembros de la Asamblea Nacional, pasaron el día en las alturas de cima de Montmartre, cuyos terrenos fueron expropiados en virtud de la ley finalmente aprobada por el cuerpo legislativo. La solemne votación llevada a cabo en medio de una gran expectación arrojó como resultado una clamorosa mayoría a favor del proyecto con 328 votos y 138 en contra³. Dentro de los 78 proyectos arquitectónicos que se presentaron al concurso abierto fue elegido el de Paul Abadie, cuyas imponentes cúpulas y la pureza del mármol previsto, encarnaron a ojos del Comité, el mejor antídoto contra edificaciones mundanas como las de la Ópera Nacional. Abadie era un arquitecto diocesano que había adquirido cierto renombre por la reconstrucción de varias iglesias en el sur del país como la de Périgueux quien no vaciló además en promocionar su ortodoxia en materia de fe y de escribir al propio cardinal Guibert, que se había reservado el derecho a pronunciar el veredicto final sobre la escogencia del proyecto, tornando el jurado compuesto por doce miembros –el número aludía expresamente a los doce apóstoles-, en un simple filtro. El diseño de estilo románico y con algún toque bizantino se oponía de lleno a las preferencias arquitectónicas del gusto a la moda dominado por el gótico y neogótico, de cual era exponente el célebre Violet Le Duc, y fue objeto de duros ataques que calificaron su diseño un minarete frente al cual era necesario emprender una cruzada que impidiera su construcción⁴. Pero al mismo tiempo un extraordinario significado podía derivarse de esta exótica combinación de lo románico y lo bizantino: una lejana remembranza con la Hagia Sophia de Bizancio, originariamente un templo cristiano que había unificado la Roma occidental y la Roma de oriente, equivalía a una reunificación de los propios creyentes franceses. Francia podía representarse como una María Magdalena arrepenida que postrada de hinojos ofrecía ex voto en una de sus manos la maqueta de la futura Basílica a un compasivo Jesús que acogía a la pecadora. Los diferentes motivos del pecado y la expiación fueron puestos en circulación: Francia como la Magdalena se había extraviado en el pecado de la revolución, el jacobinismo y el deísmo, la crueldad en contra de un monarca inocente, ungido y cuya dinastía real había introducido el culto al sagrado corazón como emblema de la identidad francesa, por lo cual había debido recibir el castigo de una invasión destructora a manos de la

² Harvey, David, p. 424 citando literalmente de H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur*, vol. I, p.27.

³ Jonas, Raymond Anthony, *France and the Cult of Sacred Heart: An Epic Tale for Modern Times*, p. 185, University of California Press, 2000.

⁴ Jonas, Raymond Anthony, *Ibidem*, p. 192.

Prusia protestante, y ahora debía admitir sus faltas, arrepentirse, ofreciendo para ello el nuevo monumento y su propia conversión.

El obispo de Constantina lo sintetizó de esta manera: “el día cuando Francia sea consagrada al Sagrado Corazón de Jesús habrá de ser el día de su renacimiento; trabajamos a favor de la regeneración cristiana a la que nuestra nación ha sido llamada por designio de la Providencia”. Era necesario borrar mediante esta obra de expiación los crímenes que han coronado nuestras penas y Francia, que ha sufrido tanto, “debe solicitar la protección y la gracia de Aquel que otorga, de acuerdo con Su voluntad, la derrota o la victoria”⁵. La proyectada basílica serviría también para enterrar los nefandos principios de 1789, como lo manifestara algún exaltado periódico católico que fuera censurado por el obispo Guibert empeñado en salvar el significado reconciliador del monumento. La excavación de cimientos pronto reveló la necesidad de construir bases y pilares considerablemente más profundos de los previstos –la colina había suministrado material para ladrillos durante centurias- cuyos mayores costos solo podía sufragarse con la suscripciones públicas, cartas de ahorro en las que la donación del diezmo significaba la perforación de una de sus 400 cuadrícula que una vez completados daba derecho a inscripciones y pedidos, así como a estímulos simbólicos como el edicto papal *Adveniat Regnum tuum* que concedía indulgencias durante cien días para quien portara en pecho la imagen del sagrado corazón. Se calcula que los feligreses y devotos contribuyeron con cerca de medio millón de francos al año durante las siguientes dos décadas, constituyendo con ello un incomparable movimiento de apoyo y de financiamiento popular que congregó no solo a los habitantes de París sino de muchas otras ciudades, en especial, de aquellas que más habían sufrido durante la guerra con Prusia. Estos ires y venires desataron una encendida oposición en contra del proyecto por parte de los sectores republicanos cuyos intentos por revocar la ley de expropiación terminaron siendo infructuosos. La construcción de la basílica del Voto Nacional consagrada al sagrado corazón de Jesús con su poderosa carga simbólica y su insuperada capacidad de otorgar un sentido religioso permitió una catarsis colectiva a una situación de inusitada destrucción y derrota que ningún otro discurso ideológico estaba en capacidad de suministrar. Ello, desde luego, bajo la hábil conducción de unas mayorías políticas decididamente anti republicanas y abiertamente conservadoras, que fue denunciado por sus adversarios como una segunda reedición de la semana sangrienta.

La Basílica del Voto Nacional como recuerdo del olvido de la Guerra de los Mil Días

La guerra de los Mil Días configura la puerta de entrada hacia el siglo XX tanto como la despedida del siglo anterior. Es, de manera indiscutida, el último episodio de la densa centuria decimonónica pródiga en confrontaciones civiles en cuyo despliegue se fraguó un precario principio de identidad nacional. En tanto comparte rasgos estructurales con aquellas, es, al mismo tiempo, un nuevo tipo de guerra que se diferenció de sus

⁵ Harvey, David, *Ibidem*, p.126.

antecesoras por la inusualmente mayor dimensión alcanzada –temporal y geográfica-, los extremos ideológicos revelados y el grado de letalidad demoscópica y metafórica exhibida en la renovada construcción de las identidades de los adversarios y su absolutización religiosa del enemigo. Corolario y antecedente novedoso, en los extremos de su conducción se jugaron en su desarrollo las opciones políticas difícilmente alcanzadas al final de la centuria antepasada y las consecuencias catastróficas que su desenlace terminó por arrostrar. En su crucial ubicación dentro de las coordenadas históricas que presiden el inconcluso proceso de construcción nacional aparece como una de las claves de nuestra propia comprensión lo mismo que como una suerte de hueco negro que más valdría la pena dejar atrás. Aquella página de la historia que debe darse vuelta de manera definitiva y sin apelaciones, por la misma tragedia y el dolor implicados en ella. La más prolijamente memorializada desde abajo por soldados de graduación inferior de nuestras contiendas armadas, pero al mismo tiempo la que con mayor denuedo buscó olvidarse hasta cuando la proximidad de su centenario conmemorativo hizo volcar de nuevo la atención académica⁶. Situada entonces en el punto de cruce de los fuegos de la memoria y las pulsiones del olvido, cada uno con sus respectivas apuestas estratégicas, la presencia lejana de la Guerra de los Mil Días se actualiza en la persistencia de nuestro conflicto armado irresuelto y negado. Pero en esta especie de bisagra histórico - bélica quizá se oculten algunos de los rasgos que habrán de obseder luego buena parte del transcurso del siglo XX en relación con la comprensión de la guerra, su aceptación, su olvido y su negación.

Habiendo comenzado como un enfrentamiento entre ejércitos más o menos regulares hasta la sangrienta batalla de Palonegro en los albores de 1900, que duró cerca de quince días y acarreó la destrucción del ejército de los liberales alzados en armas, esta se transformó de manera creciente y acelerada en una guerra de guerrillas cuyas acciones ocuparon el país geográfico en su conjunto. Este contexto de guerra prolongada y su acentuación luego del golpe de estado que depuso al presidente Marroquín para en lugar suyo ocupar el solio presidencial José Manuel Marroquín, vendrían a producirse las circunstancias que llevarían al colapso de las tentativas por regularizar la contienda. El punto de inflexión vino dado por la medida gubernamental impuesta para el tratamiento que debía darse a los combatientes caídos en poder del adversario, cuya puesta en práctica acarreó consigo el colapso de la tentativa política, constitucional y legal de regularización en Colombia iniciada casi media centuria atrás⁷.

El Decreto expedido el 18 de febrero de 1901, dispuso por vez primera en el contexto de las prácticas de la guerra, la ejecución como pena de muerte a los insurrectos liberales mediante un sumario consejo de guerra verbal. Tales disposiciones no significaban en el fondo otra cosa que la implantación de la guerra a muerte, como lo señalara lúcidamente

⁶ Con ocasión del centenario de la conclusión de la Guerra de los Mil Días se publicó *Memoria de un País en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*, Editorial Planeta 2001. Solo hasta el año pasado se editaron las memorias de un participante, Francisco Duque Ramírez, quien ingresó como teniente y en el transcurso de la misma llegó al grado de coronel, luego de más de un siglo de permanecer inéditas.

⁷ Charles Bergquist *Café y Conflicto en Colombia 1886-1910 La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*, pág. 209. El Áncora Editores, Bogotá 1999.

uno de sus contemporáneos, Joaquín Tamayo. De allí en adelante se dio inicio a una muy particular dinámica en el curso de las acciones armadas, donde coexistieron viejos procedimientos que intentaron enmarcarse dentro de los cauces del derecho de gentes, así como la cumplimentación rigurosa del denominado “decreto funesto” que se tradujeron en los fusilamientos llevados a cabo en el Panóptico Nacional donde se encontraban detenidos buena parte de los miembros de los ejércitos liberales caídos en poder del adversario. Se trató de un verdadero punto de no retorno, no solo en esta específica contienda sino de todo el decurso del siglo XX y constituye una vuelta hacia los tiempos en los que Bolívar había proclamado la guerra a muerte contra españoles y canarios en 1813⁸. El registro de los fusilamientos sumarios al amparo del decreto funesto se extendió por muchas regiones. La guerra de los Mil Días constituyó una catástrofe para un país que no solo perdió un departamento completo viéndose privado de la valiosa posición geoestratégica conformada por el istmo panameño sino que se arruinó en vidas y materialmente en una profundidad inimaginable. Esta mutilación física y espiritual acarrearía como consecuencia desde entonces la exacerbación de la pulsión nacional por conjurar lo acontecido. Dentro de la Pax Conservadora instaurada bajo el quinquenio de Reyes y las tres décadas subsiguientes de dominio político indiscutido de los sectores que habían vencido militarmente en la última contienda finisecular, el país encontró, de manera análoga a como había sucedido al término de la Comuna de París, ante el expediente de construir una catedral que consagrara la nación devastada por la guerra civil al sagrado corazón de Jesús y la erección del correspondiente templo votivo como símbolo de la instauración pacificadora.

La iniciativa de consagración de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús encontró en el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, influyente sacerdote antioqueño que llegaría a la dignidad más alta dentro de la jerarquía eclesiástica, su inspirador y gestor definitivo. Había estudiado teología en París en donde conoció al arzobispo Georges Dorboy, el mismo dignatario fusilado durante la Comuna, y tomó como puntal doctrinario la consagración hecha en 1899 por el papa León XIII del género humano al Sagrado Corazón. Acérrimo defensor del ideario católico ultramontano polemizó públicamente con el jefe liberal de la revolución Rafael Uribe Uribe meses antes del inicio de la contienda, afirmando la completa incompatibilidad entre la fe católica y ese ideario político, y deplorando que algunas madres llegasen a abrazar dicho credo, lo que en su opinión constituía un “fenómeno aterrador”.⁹ Luego de aplaudir el golpe de estado del Vicepresidente Marroquín que significó un recrudecimiento de la guerra y una frustración para los sectores moderados de ambos partidos que vieron en ello una posibilidad de acuerdo, solicitó del gobierno en su célebre pastoral del 6 de abril de 1902 que se levantara un templo en honor del Sagrado Corazón de Jesús. El presidente procedió a expedir un mes después el decreto ejecutivo 820 que ordenaba en nombre de la nación disponer lo necesario para la elección de un templo votivo. Con ello se hacía posible que el símbolo del corazón como fuente de luz penetrara en las más duras tinieblas, se llevara a cabo la condigna expiación de los pecados, se impidiera la

⁸ Clement Thibaut, *Las Repúblicas en Armas*, Capítulo II, pp. 107 – 148, Editorial Planeta, 2001.

⁹ *Un Arzobispo de Bogotá: Bernardo Herrera Restrepo*, p. 125, Editorial Bedout, Medellín, 1956.

desunión de la familia cristiana y se remediaron los males que la aquejaban. El diseño se confió al arquitecto Julián Lombana y el templo se consagró oficialmente el 20 de septiembre de 1916, al cuidado de la orden claretiana. Este lugar de expiación y duelo se convirtió durante el régimen conservador en un magneto capaz de congregarse una ciudadanía identificada como feligresía, en un dispensador de coherencia y legitimidad simbólica para un sistema confesional hondamente católico donde las ceremonias religiosas y cívicas se amalgamaron sin diferenciación al punto que la solemne aprobación eclesiástica del candidato era condición indispensable para su posterior elección en las urnas. La catedral del voto nacional fue efectivamente durante al menos medio siglo uno de los puntos gravitacionales de una urbe para quien la variedad del repertorio ritual escenificado en torno al símbolo cardíaco encontró el lugar de recuerdo y conjuro para el colectivo diurno tanto como para el onírico, usando la noción de Walter Benjamin. La catedral del Voto Nacional se entronizó como el sitio de peregrinaciones periódicas, el destino recurrente de expresas visitas presidenciales, el ritual de renovaciones periódicas del voto con toda su pompa ceremonial, la puesta a punto de cruzadas eucarísticas que llegaron a movilizar hasta 20.000 feligreses en solemnes recorridos procesionales que iban desde la plaza de Bolívar y concluían en las naves penumbrosas y sus nichos catedralicios, la cumplimentación de celebraciones con motivo de aniversarios y de las bodas de plata, la pública declaración como fiesta nacional de Cristo Rey, el acto de su elevamiento a parroquia nacional, la instalación del Congreso de Cristo gobernante, la consagración de los diferentes departamentos que integraban la división política, la inscripción en sus arcos del nombre de ciudades. El ícono del corazón asaeteado y flamígero se convirtió en una de las imágenes centrales del imaginario popular y cotidiano: escapularios pendiendo de los cuellos, láminas portables en los devocionarios y carteras, cuadros en las salas y dormitorios hicieron parte del paisaje mobiliario tanto doméstico como de oficinas públicas. La pérdida del poder ante los sectores liberales a causa de la división interna del partido conservador no modificó tajantemente la función del Voto Nacional, pues el liberalismo, ya por debilidad o compromiso, se vio compelido a participar de sus rituales y celebraciones. Bajo su dirección se llevó a cabo en 1933, apenas tres años después de haber recuperado el poder tras permanecer más de media centuria excluidos de él, la conmemoración del décimo noveno centenario del nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Cristo; y exactamente dos años antes de perder las elecciones ante un candidato conservador único, aprobaron en 1944 la consagración del país al sagrado Corazón de María.

Ubicada la catedral del Voto Nacional en el centro de la ciudad –el corazón simbólico en el corazón urbano–, en su órbita convergen al menos una docena de otras iglesias cuya respectiva colocación, previa o posterior cronológicamente, las sitúa en direcciones geométricas que rodean a la del Voto Nacional, a modo de prolongaciones tuyas, de manera que su disposición urbanística reproduce la forma del corazón de Jesús. Su contigüidad espacial respecto del monumento nacional erigido en honor de los mártires caídos en la gesta de independencia durante el gobierno del general Julián Trujillo –a través de quien se iniciaría el proyecto de la Regeneración por obra del entonces doble presidente del Congreso Nacional y del estado de Bolívar– más que una

contradicción construye una extraña complementariedad simbólica. El obelisco secular erigido hacia las alturas de la inmortalidad exhibe en una de sus bases la inscripción latina “Dulce et Decorum est Pro Patria Mori” otorgando sentido póstumo a la muerte de los héroes fundadores. El Voto Nacional integra los 100.000 caídos durante la guerra civil en la expiación colectiva por la división del cuerpo místico que la Regeneración refundara, sublimando su materialidad en la resurrección del cuerpo de Cristo: han muerto para resucitar en una recordación que es igualmente la ausencia de recordación. Con ello se cumplimenta ese sentido sutil de la dialéctica entre olvido y memoria que viene a ser justamente el recuerdo del olvido por parte de los vencedores¹⁰. El sentido profundo de la resurrección en el cuerpo de Cristo, que la catedral erige como motivo central de su arquitectura neogótica, con esa estatua del Cristo resucitado que blande la cruz como evidencia de haber vencido la muerte alojado en lo alto del tercer nivel de la fachada, es la consumada extinción simbólica de los rebeldes: la insurrección convertida, transmutada en resurrección. Sinécdoque final celebratoria. Pudimos entonces convertirnos en el país del sagrado corazón, no tan solo en la Atenas suramericana. Fórmula coloquial, irónica, amargada, atisbo de impotencia y de sarcasmo. Monumento de duelo que sublimara la guerra civil más cruenta antes de la última y la penúltima, como rito de paso a una modernidad siempre pospuesta y malograda, en sentido análogo al del Sacré Coeur parisino, considerado por David Harvey como síntoma paradójico de su condición fundacional de lo moderno. Una modernidad ambigua hecha con transferencias de sacralidad arrostrando consigo las huellas de una división polarizadora y despiadada, trocando la comunidad imposible en cuerpo místico, a cuya eficacia sobrenatural recurrieron también caudillos militares como el ecuatoriano García Moreno o el argentino Onganía luego de su golpe de estado, quienes acudieron al mismo procedimiento de consagrar sus respectivos países al sagrado corazón de Jesús. La singular persistencia en nuestro caso se reeditó en los albores del siglo XXI cuando se apelara bajo el lema nacional impuesto bajo el Uribato de “Colombia es pasión” simbolizada en el ícono de un corazón silueteado en trazos blancos sobre fondo rojo que habría dejado de latir para comenzar a vibrar, durante la cual se instaló el poder del paramilitarismo, la denegación de la guerra, la absolutización del enemigo, y una inédita militarización de la vida cotidiana en todos sus órdenes con sus inevitables secuelas de atrocidades y corrupción, como tentativa perversa de una refundación mesiánica.

En el paisaje urbano de París con su pasión por lo especular, el Sacré Coeur aparece como una imagen suspendida a media altura de un lugar de visita obligado para todo visitante, “entreabriendo arquitectónicamente el espejismo”¹¹ e induciendo una especularidad generalizada donde los reflejos se multiplican al infinito; en la Bogotá del presente el templo del Voto Nacional ha lanzado una campaña para evitar su desfondamiento por el deterioro en el que se encuentra y en su diagonal suroriental funciona el centro de reclutamiento del ejército nacional cuyos reclutas continúan yendo a la guerra civil más prolongada del hemisferio; allí el lema de la bella muerte por la

¹⁰ Loraux, Nicole, *La Ciudad Dividida: el Olvido en la Memoria de Atenas*, p. 272, Editorial Katz, 2008.

¹¹ Benjamin, Walter *El Libro de los Pasajes*, p.869, Editorial Akal, 2008.

patria bendecida por la resurrección continúa ominosamente, casi desapercibido, oficiando el ritual de una paz que nunca advino.